**La imagen como Lectura y Escritura. En “Teoría de la imagen”** de José María Casasús (1973, pp. 108-109), se establece que según la estética informacional o teoría de la percepción, entre el lenguaje visual y el escrito ocurren analogías que resultan evidentes, casi axiomáticas, toda vez que la existencia de imágenes implica la presencia de elementos (forma, movimiento y percepción humana) que sólo aparecen cuando hay un sujeto receptor, un hombre que recibe el mensaje visual a través de la vista. Por tanto, no puede haber imagen sin un proceso de comunicación que se establece cuando existe un sujeto agente, un mensaje, un medio de transmitirlo y un sujeto receptor. En el caso de la teoría de la imagen, el mensaje que intervenga en el proceso tendrá que ser visual y los restantes elementos del proceso (elementos de la comunicación) deberán adecuarse a la naturaleza del fenómeno iconográfico. En primer lugar, se debe estimar la presencia de un código, es decir, un conjunto de conocimientos que poseen en común el sujeto agente o emisor y el sujeto receptor antes de comenzar la comunicación. A este tenor se supone que emisor y receptor están integrados en un mismo sistema cultural: la sociedad, impregnada de una concreta cultura de masas que propone un repertorio de elementos aceptados y conocidos. Según esta teoría el artista, igual que el escritor, transmite un mensaje a través del espacio o del tiempo: un cuadro, una fotografía, una caricatura, un movimiento de ballet, unos números de circo, entre otros, que pueden registrarse y descomponerse en elementos analizables a la luz de los métodos estructuralistas, los cuales facilitan el descubrimiento de las reglas por las que se rige la asociación de los distintos elementos que han sido manipulados por el artista para formar el mensaje (Casasús, 1973, p. 111). El artista (pintor, escultor, fotógrafo, cineasta, actor, entre otros) organiza una unidad estética denominada mensaje u obra, con base en una secuencia de elementos tomados de cierta normativa; las “reglas del arte” son, precisamente, los distintos modos de reunir elementos (sintaxis) de manera que aporten al individuo receptor cierta cantidad de novedad u originalidad, con la condición de que este último concepto no sea tan denso que el resultado del trabajo sea ininteligible para el receptor; es decir, que este sea incapaz de realizar una previsión de lo que va a suceder a partir de lo que ya precedió al mensaje en una dinámica similar a la adoptada por el escritor que debe elaborar un texto respecto a un lector, el cual debe descifrarlo. 213 La lectura y escritura como procesos transversales en la escuela Otro aspecto digno de tomar en cuenta es que, en la imagen la relación entre significado y significante es claramente analógica, en un pictograma o ideograma esta relación permanece aunque con sentido simbólico; pero, al atribuirse un sonido a ciertos símbolos esta relación pasa a ser totalmente arbitraria. Sin embargo, una imagen en sí misma puede llegar a transformarse en símbolo con el reiterado uso en un medio social ya que el código y el signo son eso, “un hacer social”, emergen casos muy típicos como las imágenes de Marilyn Monroe, Bob Marley, Che Guevara, Tío Sam, entre otros. Se acepta, sin embargo, que frente al lenguaje escrito y/o articulado la imagen presenta una debilidad a causa de su carácter polisémico, aunque también una gran ventaja por su mayor capacidad de impresionar los sentidos. Una imagen irradia interpretaciones diferentes que no siempre sabe el receptor cómo direccionar y esa es la razón por la que, en este tipo de lenguaje, el texto escrito y la voz surgen como agentes clarificadores, así es muy raro el afiche que no se vale de la palabra escrita, o la foto de un periódico sin un pie explicativo, y es también lo que establece la necesidad de cierta cantidad de texto en un cómic y la importancia del sonido en la ópera, el cine o el teatro, exceptuando el cine mudo o la pantomima, que suplen la carencia de estos aportes comunicativos manejando códigos visuales más densos. Esta categoría define el eje central del proyecto ya que cada una de las doce actividades propuestas relaciona elementos del lenguaje con sus análogos en el arte, permitiendo a los discentes lograr un proceso de comprensión del mundo más complejo y crítico, en el que todos sus sentidos, afecciones y sensaciones entran en juego para explicar la realidad, en la que están inmersos.